

mismo aun que no eran malos, tomaban muy a mal esta desdicha del anciano, teniendo constantemente grandes disgustos por esta causa.

Un día resolvieron relegarle a un rincón donde le pusieron una pequeña mesita de poco costo y en donde le daban la comida en una vieja escudilla de barro.

El viejecito quiso una vez coger la escudilla entre sus manos temblorosas, se le cayó al suelo y se rompió.

La nuera le dirigió acres reproches, el pobre viejo no se atrevió a responderle nada y bajó la cabeza suspirando, mientras dos silenciosas y amargas lágrimas resbalaban por sus arrugadas mejillas.

Se le compró entonces una escudilla de madera para que no la rompiera y desde aquel día se le dió en ella la misera comida.

Poco tiempo después el hijo del viejecito y su mujer observaron que su niño, una preciosa criatura de cuatro años, jugaba a los pies del abuelito ocupándose con gran fervor en unir unos pedacitos de madera que elevaba con extraordinario cuidado.

Sonriéndose al ver el afán con que el niño proseguía en su tarea, el padre le preguntó:

—¿Qué haces allí? ¿Qué es eso?

El niño levantó la cabeza sorprendido y exclamó dulcemente:

Es una escudilla para dar de comer a papá y a mamá cuando sean abuelitos.

Tal impresión hicieron estas palabras en aquellos duros corazones que desde el momento comenzaron a tratar bien al abuelito.

El Dorado

Por Liborio Zerda

Las condiciones en que fué colocado el hombre primitivo, (1) débil por su naturaleza, de organización primorosa, pero muy delicada; sometido a las necesidades mas imperiosas, pero sin medios adecuados para satisfacerlas como los demás animales, hicieron que pusiera en acción la única fuente de recursos de que podía disponer, y que le ha dado el predominio sobre todo lo creado, su actividad cerebral naciente bajo el impulso de su espíritu, ayudada por la magnífica disposición mecánica de sus órganos de relación. En sí mismo tenía, pues, a pesar de su debilidad, el estímulo que lo debía conducir al progreso y perfeccionamiento.

Desnudo y estimulado por el hambre de su reciente aparición sobre la tierra, se cubrió con los hilos fibrosos de las plantas y con las pieles de sus víctimas; de estos mismos tomó el alimento sen-

cillo que le ofrecía la naturaleza, o el sangriento que le había conquistado el esfuerzo de su brazo.

Pero un estímulo superior al de la conservación dominó hasta cierto punto sus instintos salvajes, el amor de su compañera y las caricias de sus hijos, pues éstos, fieles imitadores de sus costumbres, lo siguieron en su vida errante, ayudándolo en sus faenas.

Esta vida de relaciones de familia, necesaria para la satisfacción de su amor natural y de sus instintos materiales, fué complementada con el perfeccionamiento del lenguaje, medio indispensable para estrechar más estas relaciones y para satisfacer mejor sus necesidades. La organización de la familia fué, pues, el primer período de su vida sobre la tierra, período al que poéticamente se ha llamado *edad de oro*.

A pesar de la naturaleza salvaje del hombre primitivo, y de sus muy rudimentarias ideas y escaso lenguaje, domado por la vida familiar, que fué su primera escuela en donde aprendió los rudimentos sociales, pudo elevar su espíritu a la contemplación de los fenómenos naturales que se ofrecían a su vista: contempló el sol, y sintió su benéfica influencia; vió descender el rayo de la nube tempestuosa, y le pareció un destello del sol; sintió el calor de la lava del volcán, se aproximó a él, experimentó su acción calcinante y destructora y comprendió finalmente lo que era el fuego; pero una vez extinguido éste, se vió impotente ante esta nueva creación del Hacedor del universo. No obstante, la facultad de investigación que le sirvió como de lazarillo en sus primeros pasos, tal vez ayudada de la casualidad, o por efecto de la comparación del calor producido por el frote, o por el choque de los cuerpos, con las impresiones que había recibido, le hicieron poseedor del secreto de hacer fuego y del *fiat lux* de sus conocimientos salvajes. ¿Cuántas ideas nuevas surgirían en su mente hasta entonces en embrión, con este descubriendo adquirido por el esfuerzo de su primitiva ciencia! Y qué adelantos realizaría en los casos prácticos de su vida doméstica! El hogar doméstico vino a ser entonces el verdadero centro de la familia.

Pasado este largo período, debió principiar el que los poetas llaman *edad de plata*, es decir, la vida de relaciones entre las diferentes familias esparcidas sobre la superficie de la tierra, entonces habitable. La *edad de plata* fué la época en que principió el verdadero es-

tado social que siguió a la simple asociación de familia; a esta última han retrogradado los pueblos primitivos de nuestro continente, refugiados en la parte recóndita de las selvas, perseguidos por la vorágine de la conquista; deprimidos, degradados de sus derechos y olvidados por nuestros antepasados y por nosotros mismos. Con un esfuerzo de nuestros gobiernos, estas familias se pueden salvar aún del exterminio y atraer a la civilización y al progreso.

Muy largo debió ser el período durante el cual los hombres, reunidos en el hogar doméstico por el culto y servicio del fuego vivieron en la infancia del estado social. Reducidos sus conocimientos útiles en las artes manuales, a la fabricación de vasijas de tierra cocida necesarias en sus menajes; a la construcción de instrumentos de madera o de piedra, para estas mismas artes manuales, para hacer sus chosas o cabañas y para sus faenas agrícolas; y a la confección de armas para la guerra. Las disensiones entre las diferentes familias, las condujeron naturalmente a la guerra tumultuosa de familia contra familia y de tribu contra tribu, sin que ella tuviera influencia notable, ni en su exterminio, ni para constituirse por el derecho de la fuerza, en agrupaciones que fueran la base de un estado social. Tal fué el estado en que encontraron los conquistadores y principalmente los misioneros cristianos, las familias y tribus de los caribes, salinas, achaguas, jiraras, beloyas, aruacas, &c.

A la edad de plata, en la que tuvieron origen las flechas armadas con aristas de pescando, las aljabas, dardos y masas de madera y las hachas e instrumentos de piedra, siguió la época del perfeccionamiento de los instrumentos de piedra, hechos de cuarzo lúdico, de esquistos silíceos, de obsidiana y en general de fragmentos de rocas duras, silíceas o metamórficas. Esta época se ha designado *edad de piedra*. M. Mortillet ha enseñado que la industria representada por los instrumentos de sílex, se perfeccionó gradualmente. En los asientos inferiores del diluvium (1) de Abbeville, las hachas son lanceoladas o talladas en grandes fragmentos, dice M. Broca. En la capa arcillo-arenosa que recubre el diluvium, que es, por consiguiente, más moderna, las hachas son elípticas; muy alargadas y talladas en pequeños fragmentos. En fin, en el asiento superficial,

(1) Llamo hombre primitivo, al hombre de las selvas, tanto en el continente europeo y asiático como en el de la América en la época primitiva de su vida.

(1) Se llama así el suelo formado por las inundaciones diluviales de la época geológica cuaternaria.